

V

Nacionalismo é internacionalismo.

1.º DE MAYO DE 1915.

El 1.º de Mayo de 1915 encuentra convertido en lamentable montón de ruinas el que hasta hace pocos meses fué majestuoso templo de la Internacional obrera. Este año no se cruzarán, como en los pasados, telegramas de fraterno aliento entre la masa proletaria de Berlín, París y Londres. Al coro que otros años llenaba los ámbitos de Europa con sus cantos de esperanza y solidaridad, reemplazará en el presente un violento vocerío de lamentos y denuestos, de sollozos comunes é imprecaciones recíprocas. No será este día motivo de fusión cordial para todo el proletariado europeo, sino circunstancia amarguísima para exaltar el odio que hoy le divide en dos bandos mortalmente irreconciliables. No se vestirá Europa este año con el rojo simbólico de una nueva aurora social, sino que aparecerá

cubierta por un rojo de sangre, que es signo de oca-
so, de decaimiento, de sumersión en una nueva no-
che tenebrosa de cuanto constitufa nuestra mísera
civilización occidental. Un asesino abrazo de odio
y no de amor unirá el 1.º de Mayo de 1915 á la cla-
se trabajadora de Europa.

Ante este triste fenómeno histórico abundan los
que declaran muy convencidos que el derrumba-
miento de la Internacional Obrera era inevitable.
Á juicio suyo, lo fundamental, lo irreductible é in-
destruible del hombre no puede ser el internacio-
nalismo, sino el nacionalismo. El sentimiento de na-
ción y no el de clase ni el de humanidad es el que
agrupa permanentemente á los hombres y les em-
puja á crear la historia. Todo lo que sea contrario
á esto es falso, artificioso, deleznable y condenado
de antemano á rápida caducidad. El internacionalis-
mo se opone á la naturaleza humana. Su fracaso es
fatal. Lo hemos visto en esta guerra. Lo veremos
siempre que se presente una ocasión oportuna.

Así razonan los adversarios del internaciona-
lismo.

Pero en este razonamiento hay ya un error ini-
cial, que es el de presentar como opuestos los dos
conceptos de nacionalismo é internacionalismo. No
hay entre ellos oposición ni, claro es, identidad,
sino continuidad. El internacionalismo no tiene sen-
tido sino considerándolo como una prolongación ó,
si se quiere, superposición del nacionalismo. La
vida del hombre, como ser social, se ha ido forman-
do según una serie de círculos concéntricos que tie-
nen por centro común al individuo, y se llaman fa-
milia, ciudad, región y nación. El internacionalismo

no aspira á destruir ninguno de estos círculos, que
son fatales á la naturaleza social del hombre, sino
á crear nuevos círculos que demarquen una zona
mayor de vida común. Los dos polos que constitu-
yen el eje del nacionalismo suelen ser la conserva-
ción de la propia nacionalidad y la destrucción de
la ajena. En cambio, el internacionalismo no quiere
destruir mi nacionalidad ni la tuya, sino fundir am-
bas en un círculo de más diámetro, dar el predomi-
nio á lo que hay en las dos de común, subordinan-
do lo diverso. Del mismo modo que la nación no
aniquila lo característico de la ciudad ni lo de la
región, tampoco la internación ó supernación pue-
de destruir los rasgos y peculiaridades nacionales.
Sólo de esta suerte es lícito interpretar el interna-
cionalismo obrero.

Pero existía el temor de que el internacionalismo,
en vez de ser un ensanchamiento de la nación, fue-
se un peligro para su existencia. Los nacionalistas
adversos al internacionalismo pueden dividirse en
dos categorías. Unos son los nacionalistas agresivos
ó imperialistas, los cuales temían el internacio-
nalismo porque sus adeptos podrían resistir y aun
malograr toda tentativa de violencia y conquista
contra otra nación. Los segundos son los naciona-
listas que podríamos llamar conservadores ó defen-
sivos, los cuales temían que los internacionalis-
tas abandonasen á su nación en caso de ataque por
parte de una extraña. Los primeros tenían razón
para temer el internacionalismo, pero no los se-
gundos.

La clase obrera organizada ha llegado ya al con-
vencimiento de que una guerra de agresión no sólo

es injusta y condenable, sino que ella, como clase, nada sale ganando, como no sean cruces y lacitos por su generoso derramamiento de sangre. Todos los partidos socialistas de Europa habían condenado rotundamente las guerras agresivas. Ahora hemos visto que en el partido socialista alemán había hombres capaces de aprobar una guerra de agresión; pero son una pequeña minoría, contaminada por una filosofía militarista del Estado y por una grosera economía imperialista. En mi entender, la inmensa mayoría de la clase obrera organizada de Alemania no hubiera respondido al clarín de guerra de haber sabido, como lo sabía la minoría indicada, que se trataba de una guerra de agresión. Lo mismo — más seguramente aún — hubiera acontecido en Francia é Inglaterra. No se concibe que la clase obrera de estos países hubiera tolerado á sus gobiernos, á sabiendas, una guerra de agresión.

Pero se equivocaban los nacionalistas al temer que los internacionalistas dejaran indefensa á su nación en caso de ser agredida. Bien conocidas son aquellas palabras de Bebel declarando que cogería el fusil para defender á Alemania de un ataque de Rusia. Era ocioso que los nacionalistas de todos los países tradujeran esas palabras como ejemplo patriótico. Ya se ha visto y se está viendo la conducta de los internacionalistas belgas, franceses é ingleses. No es que hayan sido traidores á su internacionalismo, sino que su conducta se lo ha iluminado á los que lo concebían de un modo erróneo. El internacionalismo es el nacionalismo sin agresión; pero si otra nación ataca, el internacionalista defiende su hogar, sus costumbres, sus libertades,

toda su vida nacional con un vigor y un sentimiento de la justicia que acaso no comprenda el simple nacionalista. Y en el fondo lo que defiende es su internacionalismo, la paz internacional, el propósito de destruir el principio de agresión en las relaciones de los Estados.

Se dirá: Y si esto es así, ¿cómo se explica que la clase obrera alemana secundara con terrible unanimidad una guerra agresiva? No hay explicación más sencilla: es que la clase obrera alemana creyó y sigue creyendo que la suya no es una guerra agresiva, sino defensiva. Los obreros alemanes tomaron las armas convencidos de que se les llamaba para defender á su país contra Rusia. Así lo dijo el Gobierno. El peligro ruso era un viejo mito que ya en 1848 descubrió el mismo Carlos Marx, diciendo que la amenaza para la revolución de Europa era Rusia, y que una guerra contra este país tendría un carácter libertador. Este mito lo recogieron en estos últimos años, modificándolo, los gobernantes alemanes, y con él han mantenido en una zozobra constante al pueblo. Al decir, en Agosto, que los cosacos amenazaban la integridad é independencia de Alemania, la clase obrera no dudó de ello un momento. Era el mito que tomaba carne.

Esta es la tragedia de la guerra y del internacionalismo. La clase obrera de Alemania cogió las armas agresivas creyéndolas defensivas, provocó la guerra suponiéndose la provocada. Derrumbó la Internacional Obrera maldiciendo á los rusos, sus supuestos derrumbadores. En suma, la clase obrera alemana fué víctima de su limitación democrática. La engañaron los gobernantes. La embaucaron con

sus planes, haciéndole ver que era la soberana de sus destinos. Fué á la guerra y deshizo el internacionalismo por falta de claridad y de conocimiento, por una superchería oligárquica, por no haber llegado aún á una madurez democrática

El internacionalismo, como coalición de la clase obrera de Europa para impedir las guerras agresivas y por tanto toda guerra, es, pues, un problema de democracia, el inmenso problema de si los pueblos pueden llegar á conocer todos los hilos de la densa red que envuelve su vida colectiva y á obrar por impulso propio, libre, ó si están condenados perpetuamente á que les guíen por el temor ó el engaño sus directores ó representantes. El enemigo del internacionalismo no es el nacionalismo, sino la inmadurez democrática en que se hallan casi todos los pueblos de Europa. ¿Es esta inmadurez algo fatal, es la democracia una idea que no podremos realizar ni por aproximación, ó bien se trata sólo de una fase superable del desenvolvimiento humano y es posible llegar en breve á un grado de democracia en que los pueblos no se dejen conducir ciegamente?

Frente al internacionalismo no se puede adoptar inteligentemente otra actitud que la fundada en una respuesta categórica á esas preguntas.

VI

El problema de la democracia y la guerra.

Los escritores socialistas alemanes no tienen que preocuparse este año de una cuestión que les inflamaba el espíritu polémico al acercarse el 1.º de Mayo. Era la cuestión relativa á la Fiesta del Trabajo. Unos la consideraban demasiado desusada, un poco rutinaria, un tanto mecánica, como un rito que había perdido ya su íntimo aroma vital. Esencialmente, ese río humano y turbulento que fluía por las anchas calles de las grandes ciudades tenía en un comienzo el sentido simbólico de una enigmática corriente, que en un momento cualquiera podía salirse de madre é inundar otros campos sociales más fértiles. Quería representar una revolución en potencia. Pero pasaban los años y el símbolo perdía su sentido interior. El río no se desbordaba. Los habitantes de sus márgenes, lejos de amedrentarse,

como al principio, se asomaban con fruición estética á ver el tránsito anual de este trágico caudal humano, y por única impresión no quedaba más que un encogimiento en sus hombros y en sus retinas una múltiple y monótona variedad de color del harapo.

Otros escritores socialistas combatían esta Fiesta del Trabajo porque los más débiles eran infeas á ella en grado creciente cada año, y los más heroicos sufrían, también en grado creciente, represalias sin cuento por parte de los patronos. La fiesta del 1.º de Mayo era uno de los temas obligados de todos los Congresos socialistas de Alemania. Por una razón ú otra, abundaban los partidarios de abolirla. La guerra les ha aliviado del deber de esta enojosa discusión anual. La guerra ha suprimido el primero de Mayo socialista, por lo menos en los países beligerantes. Este año, las mayores manifestaciones ó procesiones cívicas, tendrán lugar en las trincheras de Polonia y del Norte de Francia, y andarán por dentro. Como el marino piensa exaltadamente durante la tormenta en los más nimios momentos de la paz terrestre, y el enfermo, durante su enfermedad, en los instantes más vulgares de sus días de salud, así esos millones de obreros recordarán con viva emoción, acaso con punzante remordimiento, como un bien que se dejó impensadamente perder, otros primeros de Mayo menos sangrientos y homicidas que el de 1915.

Buena fecha esta de hoy para condensar todos los tópicos que andan por ahí alegremente sueltos sobre el fracaso del socialismo. Un espíritu sereno, sea socialista ó no, no puede asistir sino con melan-

colía á esta confusión de valores. El socialismo es, sobre todo, una doctrina social, y ésta, lejos de naufragar en la guerra, parece haber sido la tabla de salvación de algunos Estados beligerantes. Los momentos en que varias sociedades humanas en peligro socializan inmensos servicios de producción y transporte, no parecen los más adecuados para hablar de la bancarrota del socialismo como doctrina.

Pero el socialismo es también una táctica; mejor dicho, una doble táctica. La una, aplicable á los problemas nacionales, y la otra, referente á los internacionales. La táctica internacional, cierto es, tenía por propósito capital la frustración de toda guerra. En este sentido, la táctica internacional socialista puede decirse que ha fracasado. La guerra está ahí, y la táctica internacional socialista ha dejado par el momento de existir.

Sin embargo, el fracaso de una táctica no supone forzosamente la derrota y aniquilación de un ejército. Sería pueril sospechar que después de esta guerra el proletariado europeo renunciará definitivamente á toda táctica internacional. Ahora estamos viendo como nunca los horrores, las infamias y la inanidad de la guerra. Tras ésta que asuela á Europa, no sólo los socialistas, sino todo hombre de sano corazón y serena inteligencia será pacifista en el sentido de trabajar por la paz, y no sólo anhelarla platónicamente. Esta es la triste verdad: la única clase social que trabajó durante años, metódica, heroica, desesperadamente, por la paz europea fué lo clase obrera. Y si ahora se habla de su fracaso, ¿qué se podrá decir de los que nada hicieron por impedir la guerra? y ahora parecen mostrarse ira-

cundos ó burlones con los que no lograron impedirlos?

Pero la guerra hará más pacifista á todo el mundo, y especialmente á la clase obrera. Vendrán días negros de reproches mutuos y desesperanzas comunes. Y cuando la calma se restablezca, se revisará la vieja táctica é indudablemente surgirá otra más clara, más concreta, más ejecutiva. Ello es fatal. El fracaso de la táctica internacional socialista sería absoluto, definitivo, si en Europa hubiese una fracción de la clase obrera que se hubiera identificado con el principio de nacionalismo agresivo de algún Gobierno; dicho con más claridad: si la clase obrera de Alemania, sabiendo que el Gobierno alemán había provocado la guerra, se hubiera adherido á su conducta, olvidándose súbita y radicalmente de sus compromisos para con el resto del proletariado europeo.

Mas no es este el caso. Todos los obreros de Europa que ahora están en guerra creen encontrarse en una empresa defensiva y no ofensiva. Esto es una contradicción. Hay aquí un manifiesto error. De alguien ha partido la iniciativa de agredir. Una parte de la clase obrera europea ha secundado inconscientemente una agresión. Este es el problema desde el punto de vista de los trabajadores. En último término, ese error — que equivale á ignorancia, desconocimiento de la realidad política — no puede ser, á lo sumo, otra cosa que el fracaso del principio democrático, de la soberanía popular. Ahora bien; si á los pueblos se les puede engañar perpetuamente; si se les puede llevar á una guerra agresiva convenciéndoles de que es de-

fensiva; en suma, si la democracia es una imposibilidad, entonces el socialismo, con todas sus tácticas, será también una imposibilidad, pues su supuesto ineludible es la aptitud democrática del pueblo. La otra alternativa del fracaso es que un pueblo vaya colectivamente á una guerra de agresión estando bien seguro de ello. Esto no está probado en la guerra actual; antes bien, todos los siglos indican lo contrario. En cuanto á la imposibilidad democrática, no podrán llamarse liberales los que la acepten, y los que no la acepten, no pueden lógicamente hablar del fracaso del socialismo como táctica internacional contra la guerra.